



Fernando Moreno Turner
Universidad de Poitiers.

Reseña. Eugenia Prado Bassi. *Objetos del silencio. Secretos de infancia*. Santiago: Ceibo, 2015.

En octubre del año 2007, bajo el sello de la editorial Cuarto Propio, Eugenia Prado publicó lo que es ahora la primera versión de esta obra que hoy nos convoca. En efecto, ocho años más tarde, también en octubre, pero esta vez de 2015, la autora nos ofrece, en este caso en la Colección Narrativa de Ceibo Ediciones, una segunda edición, corregida y aumentada, según allí se informa. Uno podría preguntarse, o preguntarle a la autora, el porqué de esta renovación, claro. Lo que de inmediato se me ocurre es bastante peregrino: la primera edición se agotó, de ahí la necesidad de otra, aunque no la misma, quizás por una cuestión de un cierto grado de insatisfacción con el resultado ya obtenido y también por efectos de mayor distanciamiento y reflexión a propósito de la temática tratada y de la adecuación de ésta a la escritura. El hecho es que *Objetos del silencio* 2015, y anecdóticamente a pesar de una portada similar, presenta notorios cambios en relación con su antecedente: hay una nueva disposición, otra distribución del elemento narrativo y documental, un mayor desarrollo de ciertos personajes, hay reemplazos, supresiones y adjunciones y, además, un importante incremento de contenido discursivo. En suma, se trata de un texto diferente, de otro texto. Y sobre él diré algunas palabras.

Lo primero es lo primero. *Objetos del silencio* es un texto a contracorriente, agresivo, transgresor. La historia y las historias que Eugenia Prado escenifica ahí, solicitan, exigen, amplitud de criterio y un grado de tolerancia mayor al que podemos estar acostumbrados. Al poco tiempo de haber comenzado su lectura, o incluso desde su inicio, nos damos cuenta de que vamos ingresando a un terreno lleno de aristas, que se requiere valor para continuar y mucho coraje para terminar. La razón de esta desazón ya está presente en la primera frase, más bien en el primer verso, puesto que se trata aquí de un texto poético, con la que se inaugura el volumen: “Los niños no son ángeles”, afirmación que, por lo demás, será repetida en otras ocasiones y que por ello aparece como sustento configurador del contenido textual.

Porque la idea central que aquí se desarrolla y concreta se aparta, más bien, se sitúa en las antípodas, de la imagen tradicional, y hasta romántica podría decirse, de los niños vistos como seres delicados, tiernos, gráciles, etéreos y cautelosamente ingenuos. *Objetos del silencio* sondea, rastrea y expone el otro lado de esa creencia, se sitúa en un ámbito, para muchos sombrío y, por lo mismo, bochornoso, infamante, inmoral e indecible, pues indaga en ese mundo en el que aparecen determinados rasgos y comportamientos vinculados con una sensualidad naciente, con pulsiones y deseos que afectan afectos y cuerpos; en otras palabras, la obra revela situaciones emocionales y prácticas sexuales que constituyen aspectos intrincados y sombríos del universo infantil y en el que, claro, participan los mayores, sean o no pertenecientes al seno familiar, con lo cual se exponen los vericuetos de determinados tabúes. Son los secretos de infancia, aquellas primeras experiencias inconfesadas, donde se cruzan erotismo, sexualidad y violencia, impulsos, deseos y pasiones, y humillaciones e incomprensiones, figuraciones de amos y esclavos, de víctimas y victimarios, culpa y censura, en una suerte de torbellino en el que caben las relaciones incestuosas y múltiples manifestaciones de la parafilia, sin distinción de género.

Esta suma se exterioriza por medio de una construcción narrativa compleja, polifónica. En torno al núcleo central gravitan múltiples historias e



interludios que incorporan y alternan distintos y disímiles elementos textuales: cartas, narraciones de testimonios y confesiones, relatos, transcripciones de otros textos y documentos, auténticos o no, apuntes sobre la sexualidad y su historia, entre otros. Aquí son más que llamativos aquellos secretos de infancia que se han recogido y que se ofrecen como evidencia y confirmación de su importancia, de su heterogeneidad, de su presencia soterrada, de elemento a veces determinante en la configuración de identidades. Se relatan así, y por ejemplo, el despertar de Benjamín con una muchacha mayor, las experiencias de Adriana con la nana o las de Ana con una amiga de la infancia, la de Carmen con su mascota, “un quiltro juguetón y travieso que no paraba de lamerlo todo”, o la de Paula con el hijo del general, entre tantas otras.

El eje de todo el conjunto lo establece la voz, mejor dicho la escritura, de una madre, Josefina Salvatierra Riquelme, quien dirige una serie de cartas a su hijo Mariano, a través de las cuales se va reconstituyendo la historia y ciertos pormenores de las relaciones entre éste y su hermano mayor Jesús Andrés, así como la propia historia del libro que leemos. Como señala el personaje. “Escribí. Establecidos los escenarios y propicias las confianzas, idearía una estructura que me permitiera hilar finamente y sin prejuicio mis recreativas versiones de estas historias confiando en la veracidad de los confesos”. Ella es representativa de una clase todopoderosa, privilegiada, oligárquica, consciente y orgullosa de su linaje, de su poder y de sus consecuencias, pero que sin embargo no responde al prototipo del conservadurismo y la miopía. Hay en ella rasgos singulares y especialmente, ese interés e intento por comprender el comportamiento de sus hijos. De modo que, aunque teniendo conciencia, en la medida en que no los prohíbe ni menos los castiga, autoriza aquellos juegos prohibidos, al tiempo que inicia una suerte de doble pesquisa para tratar de responder a una serie de interrogaciones derivadas del comportamiento de los niños:

Lo primero era entender que en la infancia las primerísimas pulsiones pueden manifestarse de las formas más curiosas, singulares, incluso



extravagantes. ¿Cómo?... ¿Cuándo surgen aquellos deseos?... ¿A qué edad?... ¿Cómo hacían otros para controlar su intensidad?

Preguntas, solo había preguntas al pensar en ambos y en su particular forma de cariño. (100)

Tal actitud la lleva a leer, a consultar y a estudiar, y también a salir de su territorio, a realizar un trabajo de campo, diríamos, para ella difícil e insostenible, a recoger informaciones y testimonios, y a dar cuenta, en esas cartas, que configuran un discurso explicativo y reiterativo, de sus inquietudes, de su hallazgos, de su metodología escritural y del destino que quisiera dar al resultado de sus afanes.

Así, puede escribir que:

Impulsados por un afán exploratorio, los infantes aprenden a observar, hacen preguntas; buscan conocer, representar y experimentar la realidad del mundo que habitan para dar respuesta a sus inquietudes y a las muchas interrogantes que los embargan, es fácil percibir cómo moldean los temas de acuerdo a lo que ellos mismos imaginan e ignoran, convirtiendo sus constantes preguntas en respuestas ancladas a fábulas o mitos, los niños son capaces de una fina elaboración de fantasías o creencias de acuerdo a sus capacidades de comprensión o conveniencias que pueden derivar en errores y creencias absurdas. (100)

O que

Los niños están poseídos por una sexualidad peligrosa, impulsiva, desean a su padre o a su madre, y juegan, sobre todo juegan, a tocarse, indagando en los cuerpos con desenfado, inventando las más insospechadas ideaciones a fin de obtener placer, entre juguetes o



fetiches, descubren, investigan buscando el goce específico que suscitan los recorridos por estos impredecibles territorios. (101)

De modo que ya habiendo cumplido su objetivo, no tiene reparos en dirigirse al destinatario de su cartas y decirle:

Espero, que estas escrituras te sean provechosas. Sabrás que hacer con ellas. Escribir fue la forma de consolidar mi método. Escribir, escribir y no parar de escribir me permitió ir profundizando estos ejercicios rebeldes. Secretamente reconozco que me haría sentir en extremo satisfecha que algún día lograras hacer algo de este manuscrito. (188)

Un manuscrito, es decir, la propia novela, esta novela, que entre otros aspectos destaca además por la presencia de esa profusión de formatos narrativos, la abundancia de voces que acompañan los textos de esa madre, por la presencia de distintos niveles y registros discursivos, expresada en un constante movimiento, un ininterrumpido vaivén en medio del cual la escritura ora se vuelve poética, ora se manifiesta translúcidamente, alcanzando por momentos grados de extrema corporalidad; de ahí que pueda decirse que es a veces y además –como la sensorialidad y sensualidad que arrastra consigo–, obsesionante, impulsiva, gozosa, acariciante, vehemente, directa, brutal, cálida, impetuosa, arrebatada, sudorosa, febril, succionadora, pujante...

De este modo se va cimentando la recuperación de lo no dicho, de lo nunca antes confesado, un proceso que es también, y en el nivel en el que se despliega la novela, un combate contra el olvido. E incluso podría decirse que éste complementa esa otra lucha que, contra la desmemoria, realizan también otros escritores nacionales, porque sabemos que la transición se construyó sobre la base de la memoria pactada; lo que implicó el sacrificio de la memoria colectiva.



Recobrar la memoria de los cuerpos, restablecer la memoria del cuerpo social, son tareas que abordan, desde ángulos que le son propios, muchas obras

Ya hace algún tiempo, Roland Barthes distinguía la existencia de dos tipos de texto: el de placer y el de goce. Decía el ilustre semiólogo que, el texto de placer es el que contenta, colma, da euforia; que es aquel que viene de la cultura, que no establece una ruptura con ella y que está ligado a una práctica grata y comfortable de la lectura. Y, por otro lado, señalaba que texto de goce es el que pone en estado de privación, que incomoda, que hace temblar las bases históricas, culturales, psicológicas del lector, que erosiona la solidez de sus valores, de sus preferencias y de sus recuerdos; en suma, decía Barthes, un texto de goce es el que pone en crisis su relación con el lenguaje. Creo que no cabe duda: *Objetos del silencio* es uno de éstos.

Sabemos que las certidumbres siempre están al alcance de la mano. Se pueden atrapar sin mayores esfuerzos. Esas certezas no solicitan ni exigen inquietud o curiosidad, menos reflexión. Por su parte, lo que caracteriza el sentido crítico –esto es, el espíritu de la contradicción y la disposición inapelable de examen y replanteamiento de los casos y las cosas de la vida–, es que solo puede ser concretado por aquellas personas honestas consigo mismas. Por ello éstas pueden ser mal vistas por los demás, pero, claro, están dispuestas a pagar por dicha propensión; ese escudriñar y escarbar en lo que se piensa sabido y consabido hace de ellas permanentes aguafiestas. Eugenia Prado pertenece a esta categoría. En su esfuerzo por enfrentarse a lo liso y lo unívoco, la autora emprende esta labor de rescate y de reivindicación, con un resultado enjundioso y encomiástico, tanto en su inquietante ejercicio de plasmación estética, como en el desarrollo de una arrolladora práctica escritural contra las creencias y las convenciones.

Para terminar, cuento un secreto, pero no de infancia, sino vinculado con mi experiencia con este libro: se llega al final y se empieza de nuevo y, cuanto más atentamente se lee, sucede, como en la poesía, que más perceptible se vuelve el espacio en blanco entre las palabras, los signos y los ecos y resonancias del



CATEDRAL TOMADA: Revista de crítica literaria latinoamericana / Journal of Latin American Literary Criticism
Reseña. Eugenia Prado Bassi. *Objetos del silencio. Secretos de infancia*. Santiago: Cuarto Propio, 2015.

sentido y, en este caso, también de todos los sentidos. Así, por medio del lúcido y valioso trabajo de Eugenia Prado, esos velados objetos del silencio se convierten en dichos, y dichosos, sujetos del discurso.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).

